



## EL PAPEL DE ANDRÉS DE ALMANSA Y MENDOZA EN LA POLÉMICA GONGORINA

M<sup>a</sup> JOSÉ OSUNA CABEZAS  
Universidad de Sevilla

Cuando allá por 1613 se difundieron de forma manuscrita los poemas mayores de Góngora, el *Polifemo* y las *Soledades*, en los círculos madrileños se originó tal revuelo que se puede afirmar que el mundo literario se dividió en dos: aquéllos que admiraban a Góngora y su arte y aquéllos que lanzaban críticas furibundas contra el autor y sus versos. Uno de esos admiradores de Góngora fue Andrés de Almansa y Mendoza, que decidió acompañar las obras del cordobés con sus *Advertencias para inteligencia de las Soledades*, con las que quiso salir «al campo a defender un torvellino de pareceres y objetos (si se les puede dar este nombre) que la ventolera de algunos con título de doctos, curiosos y valientes ingenios an levantado contra las *Soledades*».<sup>1</sup>

Estas *Advertencias* son importantes en un doble sentido: en primer lugar por ser el primer comentario que se hizo de la obra del cordobés y en segundo lugar por el revuelo que originaron, sobre todo, al estar escritas por uno de los personajes acaso más curioso, además de más discutido, de la polémica gongorina, y con el que creemos que parte de la crítica ha cometido algunas injusticias, al reducirlo a un simple «correvedile» e incluso culpable de que se atacaran tan duramente las obras de Góngora.

Un breve recorrido por las opiniones que se vertieron en la época en contra de Almansa –el nombre de este personaje es casi omnipresente en todos los textos de los primeros momentos de la polémica– y que la crítica posterior ha aceptado sin paliativos, nos ilustrará al respecto.

Sin duda, los ataques más duros hacia este personaje vinieron de la mano del autor de varias cartas contra Góngora, atribuidas generalmente a Lope de Vega. Y así en *Carta de un amigo de D. Luis de Góngora, que le escribió acerca de sus «Soledades»* podemos leer párrafos como éstos:

Vn quaderno de versos desiguales y consonancias erráticas se ha aparecido en esta corte con nombre de *Soledades*, compuestas por vuesa merced, y Andrés de Mendoza se ha señalado en esparcir copias dél. Y no sé si por pretendiente de escriuir gracioso, o por otro secreto influxo, se intitula hijo de vuesa merced, haziéndose tan señor de su correspondencia, y de la declaración y publicación desta poesía, que por esto y por ser ella de tal calidad, justamente están dudosos algunos devotos de vuestra merced de que sea suya.

[...]

Haga vuesa merced lo posible por recoger estos papeles, como lo van haziendo sus aficionados tanto por remendar la opinión de vuesa merced como compadecidos del juicio de Mendoza. Y sobre esto encargo a vuesa merced la conçiencia, pues pareciéndome que sirue a vuesa merced y que él adquiere famoso renombre, haze lo possible por persuadir que entiende lo que vuesa merced, si lo escriuió, fue para

<sup>1</sup> Citamos por la ed. de Emilio Orozco en *En torno a las «Soledades» de Góngora: Ensayos, estudios y edición de textos críticos de la época referentes al poema*, Granada, Universidad de Granada, 1969, págs. 197-204, pág. 198.

que él se desuaneciera, y lo va estando tanto, que ha escrito y porfía en ello muy copiosos corolarios de su canora y esforçada prosa, diciendo que disculpa y explica a vuesa merced: mire en qué parará quien trae esto en la caueça, y vn ayuno quotidiano en el estómago.<sup>2</sup>

Las críticas contra Almansa continuarán. Prácticamente se hace un retrato de él en *Carta que se escribió echadiza a don Luis de Góngora*:

Llegó a mis manos una carta de Vuestra Merced en que escribe al señor Mendoza familiarmente [...]. Si bien imagino yo que vuestra merced no le escribe por amor, ni por justa correspondencia, sino porque le ha parecido que como el tal Mendoza es el Parainfio de los predicadores, el que duerme con sus celdas y lleva las cédulas a los púlpitos, el que anda en los coches con los señores, conoce todas las damas, oye todas las comedias entre los poetas, es cualificador de los sermones, consultor de los sonetos, embajador de la Señoría de la discreción en esta Corte, agente de la Puerta de Guadalajara, y Mercurio de las nuevas y sátiras deste Reino, se conservará mejor la opinión de discreto dando a entender que aquella prosa para Mendoza no es cuidado, y que con una carta de estas todos están en admiración, mayormente los que merecen sus besamanos de Vuestra Merced con quedar para con los otros graduados de imperios, a quien Vuestra Merced llama patrocinadores, cosa muy igual al que mereció la carta.<sup>3</sup>

La figura de Almansa también aparecerá en las cartas de Lope dirigidas al duque de Sessa, en la que nuestro personaje tampoco sale bien parado. En una de ellas, enviada desde Toledo cuando Lope fue a ordenarse sacerdote, se hace una mención explícita a Almansa:

En Zocodover me asió la mano Mendoza; pensé que me la quería morder y cubrirla con el manteo; no quiero yo decir en esto que es perro, sino que lo es de todas bodas, pues se halla hasta en las de los quemados; huélgome que no tendrá que escribir de mí en este magosto, como dijo el Conde de Lemos viejo; ya me parece que oigo su relación en la prosa diabólica con que le tiene engañado el cordobés su padre.<sup>4</sup>

Estas muestras dejan constancia de la consideración que se tenía de Almansa en el círculo de los asiduos a la corte. Por eso no extraña que la crítica posterior le asignara el papel de un simple correveidile y le atribuyera la consideración de un ser poco digno de aprecio. Así, lejos de replantearse lo que verdaderamente significó este personaje en el contexto de la polémica gongorina, no se hizo más que echar leña al fuego. De este modo, Artigas incluso identifica a Almansa con el retrato que se hace de un desconocido por parte de Suárez de Figueroa en el alivio IV de su *Pasajero*:<sup>5</sup>

No es tan veloz el rayo como sus pies para dar con ligerísima ocasión una vuelta al mundo. [...] Si le tuviérades por amigo, pudiérades a ojos cerrados ocupar el púlpito, y aun estoy por decir osar predicar sin meditación, casi de repente. Subiera vuestro nombre a las nubes, exagerara pomposamente vuestras letras, y esparciera vuestras alabanzas con tan resonantes hipérbolos y encarecimientos, que no hicieran tanta operación si todas las hojas de los árboles fueran lenguas; si todas las arenas del mar fueran voces. Ignora totalmente los primeros rudimentos latinos; mas encomienda a la memoria con tan grande puntualidad las autoridades de Escritura y Evangelios, que deja asombrados la primera vez que le oyen a los más entendidos, juzgándole por extremo erudito en letras humanas. Su prosa es redundante y hueca. [...] Véase de exquisitas palabras: *condensar*, *retroceder*, *equiparar*, *asunto* y otras así. Huye cuanto puede los términos humildes, siguiendo cierta afectación ostentativa. Entre el vulgo adornado de negro se usurpa conversando la presidencia, sin soltar apenas un punto la pelota de la mano. Opina fácilmente, ni deja cosa indecisa, con la cortapisa a cada paso de *a mi ver* [...]. Fue sacristán de monjas, y no sólo se esmeró en el cuidado que pide semejante ocupación, sino que pasó al de entender el canto llano, al de oficiar una misa, colgar una iglesia y tener con particular aseo sus ornamentos. Tuvo también entrada

<sup>2</sup> Citamos por la ed. de Antonio Carreira, «La controversia en torno a las *Soledades*: Un parecer desconocido, y edición crítica de las primeras cartas», en *Gongoremás*, Barcelona, Península, 1998, págs. 250-53, págs. 250 y 251-52.

<sup>3</sup> Citamos por la ed. de Orozco, *Lope y Góngora frente a frente*, Madrid, Gredos, 1973, págs. 263-66, pág. 263.

<sup>4</sup> «Carta al Duque de Sessa», fechada en Toledo, a 8-9 de mayo de 1615, en Lope de Vega, *Cartas*, ed. de Nicolás Marín, Madrid, Castalia, 1985, págs. 137-39, págs. 138-39.

<sup>5</sup> Véase Miguel Artigas, *Don Luis de Góngora y Argote: Biografía y estudio crítico*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1925, págs. 132-34.

en Palacio; mas perseveró poco en él, naufragio que atribuye al rigor de la envidia. Ha frecuentado cárceles hasta ser combatido de los miedos que infunde la imputación de una muerte. Felicísimo mil veces el poeta que le encargare sus rimas, aunque en forma de pedernales; que fuera de la pronta extensión por infinitas manos, tendrá en él, si no fundada defensa intelectual, por lo menos, material escudo para vencer a todos con mayor resistencia de voces. En suma, él es de corteza singularísima, y de natural, que si le templara la prudencia, aún fuera más famoso. Sobre todo, viene a ser tan infeliz, que, habiendo tratado entre oro, muere casi de pobreza, debiéndose a su briosas petulancia no tenue socorro para el común sustento, ya que merecen participar los oficiosos méritos del triguero de la fortaleza de Cipión, de la benevolencia de Pompeyo y de la fortuna de César.<sup>6</sup>

Ahora bien, si Almansa era un tipo tan poco digno de consideración, ¿por qué confió Góngora a él sus grandes poemas, su obra maestra? Orozco piensa que la elección de Góngora fue de lo más acertada para sus propósitos: que toda la corte conociera sus poemas. Sabía quién era Almansa y para qué servía. Eso explicaría que posteriormente también le confiara la difusión de su *Carta en respuesta de la que le escribieron*. Aunque la teoría de Orozco es bastante verosímil, creemos que Góngora no le brindaría su amistad y su confianza a alguien así, al que incluso no duda en defender –en la carta citada anteriormente– cuando todos se ceban contra él.

Además, con mucha rapidez se ha olvidado que este Andrés de Almansa y Mendoza, además de ser tal vez todo lo que de él se dice, es autor de numerosas relaciones y cartas que fueron publicadas en la *Colección de libros raros o curiosos*<sup>7</sup> y que han sido nuevamente editadas en 2001 por los profesores Henry Ettinghausen y Manuel Borrego. En el prólogo a la recopilación, los editores nos dan una imagen de Almansa bien distinta de la que hemos venido viendo hasta ahora:

Si hay un personaje con un protagonismo indiscutible en el siglo XVII por su papel en la historia de la primitiva prensa española, es Andrés de Almansa y Mendoza. Así lo dejó atestiguado hace más de un siglo la publicación de una serie de cartas numeradas aparecidas entre 1621 y 1624 que se le ha venido atribuyendo. Nuestras propias pesquisas no han hecho más que confirmar que es el más importante periodista conocido de los primeros años del reinado de Felipe IV, siempre que por «periodismo» entendamos una prensa que todavía no ha alcanzado una verdadera regularidad, ni mucho menos una regularidad periódica y que en ocasiones se divulga todavía de manera manuscrita, como ocurre con la primera de las relaciones almansianas, de la cual no se conoce todavía ninguna edición impresa.<sup>8</sup>

Ya en 1892 el marqués de la Fuensanta del Valle –Feliciano Ramírez de Arellano– en su obra *La historia del periodismo político* proclamaba a Almansa como uno de los fundadores del periodismo en pleno Siglo de Oro y no duda en comparar su actividad con la de Butter en Inglaterra en 1662 y la de Renaudot en Francia en 1631.<sup>9</sup>

Así que nuestro personaje pasa de ser un frecuentador de coches de señores, un bocazas, un perro que asiste incluso a las bodas de los quemados a ser el periodista más importante de los primeros años del reinado de Felipe IV. El cambio es tan abismal, que pareciera que estamos hablando de personas distintas.

De todo esto surge una pregunta: si Almansa era un gacetillero hasta cierto punto importante en su época –aunque el verdadero reconocimiento de su labor ha tenido que esperar más de tres siglos–, ¿por qué se cebaron en él sus contemporáneos, en especial Lope y en menor medida Quevedo? Pueden confluír varias razones. En primer lugar, hay que percatarse de que los textos

<sup>6</sup> Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero*, ed. de M<sup>a</sup> Isabel López Bascañana, 2 vols., Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988, vol. I, págs. 305-07.

<sup>7</sup> *Cartas de Andrés de Almansa y Mendoza: Novedades de esta Corte y avisos recibidos de otras partes: 1621-1626*, Madrid, Miguel Ginesta, 1886.

<sup>8</sup> Andrés de Almansa y Mendoza, *Obra periodística*, ed. de Henry Ettinghausen y Manuel Borrego, Madrid, Castalia, 2001, pág. 12.

<sup>9</sup> *Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en la recepción pública... el domingo 24 de abril de 1892*, Madrid, [s. n.], Imp. de Rafael Marco y Viñas, 1982.

donde aparecen las citadas críticas a Almansa se insertan en los primeros momentos de la polémica gongorina, donde tomar la pluma satírica fue algo frecuente. En segundo lugar, hay que tener en cuenta que los enemigos de Góngora buscaban desacreditarlo de todas las maneras posibles; Góngora les resultaría una diana más difícil pero Almansa era un blanco perfecto. Además, y a pesar de los pocos datos biográficos que tenemos de Almansa, parece ser que pertenecía a una clase social baja (recordemos que, entre otras cosas, Lope dice que hay que tener cuidado con «quien trae vn ayuno quotidiano en el estómago») e incluso se le acusó de ser negro o mulato. Así Quevedo, en una carta dirigida al marqués de Velada, se refiere a él de la siguiente manera: «Mendoza el negro en duda y mulato de contado» y el marqués le responde «Andrés, aquel anochecido de rostro, tan Mendoza por línea curva como mulato por línea recta».<sup>10</sup> De todas formas, como señala Manuel Borrego, resulta difícil saber «si sería descendiente de alguna de las numerosas familias de esclavos dedicados a la artesanía que habían conseguido comprar su libertad en tierras andaluzas o si era el fruto de los escarceos amorosos de algún Mendoza, como podría sugerirlo la indicación del marqués de Velada, *Mendoza por línea curva*».<sup>11</sup> Según esto, a los enemigos de Góngora les escandalizaría que hubiera dado su confianza a un personaje que no tenía categoría social para tratar temas tan elevados. Por otra parte, en la antipatía que sentía Quevedo hacia Almansa pudo influir que los dos se disputaran la exclusiva del relato de las incidencias del viaje de Felipe IV por Andalucía, como parece desprenderse de la carta del marqués de Velada cuando dice que Almansa «ha enviado aquí quejas de que vuesa merced escribe las nuevas sin licencia. Por amor de Dios, se vaya a la mano».<sup>12</sup>

Almansa también fue un blanco seguro por su servilismo. A lo largo de toda su vida intentó granjearse el favor de todos los poderosos (él mismo decía que «los pobres de nadie somos deudos: deudos de todo, sí»), de ahí que dedicara sus textos al duque de Sessa, al duque de Lerma, al conde-duque de Olivares, al duque de Béjar, al duque de Medinasidonia, etc., sin olvidar tampoco a las damas más ilustres como, por ejemplo, doña Vitoria Colona, duquesa de Medina de Rioseco y doña Catalina de Zúñiga y Sandoval. Sin embargo, parece ser que nunca consiguió que ninguno lo favoreciera, cosa de la que se queja en numerosas ocasiones en sus cartas. Ahora bien, ¿quién en esa época no intentó conseguir el favor de los poderosos? ¿acaso Lope no dio las mayores muestras de servilismo con el duque de Sessa para ocupar el puesto de cronista de la corte?

Hay un tercer motivo que aducen los profesores Ettinghausen y Borrego: puede ser que Almansa además de dedicarse a la difusión de noticias, también difundiera obras falsas con nombres conocidos como Lope o Quevedo, asegurando un mayor éxito para las mismas y lógicamente perjudicando la reputación de esos autores. Los testimonios de malhumor que despertaban en Lope los ciegos, relacioneros y mulatos dedicados a tales menesteres son evidentes en el memorial descubierto y publicado por María Cruz García de Enterría.<sup>13</sup>

<sup>10</sup> Francisco de Quevedo, *Epistolario completo de D. Francisco de Quevedo-Villegas*, ed. de Luis Astrana Marín, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1946, págs. 117 y 121.

<sup>11</sup> «El periodismo de Andrés de Almansa y Mendoza: apuntes biográficos», en *Las relaciones de sucesos en España (1500-1750): Actas del Primer Coloquio Internacional*, Alcalá de Henares, Publications de la Sorbonne y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1996, págs. 9-18, pág. 13.

<sup>12</sup> *Epistolario completo*, ed. Astrana Marín (1946), pág. 121.

<sup>13</sup> Extraemos algunos fragmentos donde se pone de manifiesto lo que venimos diciendo: «Mandado està, que algunos hombres que inquietan al vulgo, fastidian la nobleza, deslustran la policia, infaman las letras, y desacreditan la nación española, no pregonen por las calles Relaciones, Coplas y otros generos de versos: pero su desobediencia y vida vagabunda, les ha dado atreuimiento a proseguir en este oficio [...]. De su parte advierte la piedad Christiana y el gouiermo ciuil, que son ciegos y pobres (vno de los tres estados en que diuidio las ciudades el Filosofo) pero esto es engaño, pues por algunos que no la tengan, ay infinitos con vista, hombres sanos, mulatos y vagabundos [...]. Es cosa digna de castigo y de remedio ver los sucesos que buscan, las Tragedias que fabrican, las fabulas que inuentan, de hombres que en las ciudades de España fuerçan sus hijas, matan sus madres, hablan con el demonio, niegan la Fè, dizen blasfemias, y afirman que los castigaron en tal parte, donde nunca se vio ni oyó tal cosa. Y otras vezes fingen milagros, y que la Virgen nuestra Señora baxa del cielo, con versos tan desatinados, palabras tan indecentes y mentiras tan descubiertas [...]. Sin esto la libertad con que a los ojos de los que nunca vieron tales

Puede ser que Almansa perteneciera a ese grupo que reiteradamente critica Lope, porque recordemos que en el primer fragmento que reproducimos se ponía en duda que el poema perteneciera a Góngora precisamente por estar difundido por Almansa. Y Quevedo también parece incluirlo en este grupo al hacer referencia a su cualidad de negro o mulato, ya que era una actividad frecuentada por ellos.

En cualquier caso, es evidente que Almansa no gozaba del aprecio de sus contemporáneos y que a lo largo de los siglos su imagen no ha hecho más que ir empeorándose, hasta el punto de que en 1930 Herrero García lo hizo poco menos que el culpable de todo. Cuando este investigador escribe su libro *Estimaciones literarias del siglo XVII* no imaginó la dimensión de la polémica que originaron las *Soledades*, ya que se desconocía gran parte del corpus que integra la misma. Y, a pesar de que Artigas había dado noticias del testimonio de Pedro de Valencia, considera que la primera censura a la obra del cordobés venía de la mano de Juan de Jáuregui en su *Antídoto*. Esto le hace exponer el siguiente planteamiento, en el que no escatima culpas para Mendoza:

Antes del ataque de Jáuregui, es Góngora, azuzado por las absurdas especies que le enviaba Mendoza desde la corte, el que nos pinta a sus feroces enemigos. Góngora cometió el error de no imprimir sus versos con todo el peso de su nombre en la portada, en vez de enviarlos en cartapacio a un tipo desprestigiado y molesto [...] El regodeo especial de este entremetido fue durante todo este lapso de tiempo indisponer a toda la Corte con don Luis, metiendo los poemas por los ojos a todo el que podía ver en ellos ocasión de molestia.<sup>14</sup>

Este motivo, según Herrero García, fue el que incitó a Góngora a ponerse furioso y arremeter contra todo y contra todos. No era cuestión de estilos ni oscuridades, sino de rencillas personales. En este sentido recuerda fragmentos en los que Lope se refiere a ello, como los que aparecen en la *Carta echadiza*:

Si alguna causa dio primero movimiento a los que en este y en otros lugares se han atrevido al inaccesible ingenio de V.m., ya en el *Polifemo*, ya en las *Soledades*, fue sólo el haberlos fiado de Mendoza [...]. Si V.m. le enviara [los poemas] a D. Juan de Jáuregui, mejor supiera defenderlos que los ofendió.<sup>15</sup>

Cuando Orozco estudia y edita el texto de Almansa en la década de 1960 mantiene prácticamente la misma postura que Herrero García: «Las *Advertencias* que gustaron a don Luis molestaron a los adversarios y le aumentó el número de los enemigos [...] seguramente Lope y Jáuregui –y, en parte, Quevedo– hubieran mantenido otra actitud de no intervenir Almansa y Mendoza con su escrito».<sup>16</sup>

Puede ser verdad que las *Advertencias* fueran el detonante de una polémica epistolar entre el círculo de Lope y Góngora y que también animaran a Jáuregui a escribir su *Antídoto*, pero de todos modos y sin pretender hacer futuribles, es difícil imaginar que sin estas *Advertencias* todo hubiera sido favorable para Góngora. Tal vez las reacciones hubieran sido de índole distinta pero

papeles, imprimen y pregonan que aquello lo compuso Alonso de Ledesma, Liñan de Riaza, Baltasar de Medinilla, Lope de Vega, y otras personas conocidas por sus libros y estudios en este género, con gran daño de su opinión y aun de su vida, imprimiendo satyras contra las ciudades, y a las personas que se pueden conocer por los títulos, oficios y sucesos» (M<sup>a</sup> Cruz García de Enterría, *Sociedad y poesía de cordel en el barroco*, Madrid, Taurus, 1973, págs. 88-89). Y las mismas críticas aparecerán también en algunas obras de teatro. Valga como ejemplo el siguiente fragmento en el que habla el personaje de Rodrigo: «No sé cómo se consiente / que mil inbentadas cosas / por ynorantes se bandan / por los ciegos que las toman. / Allí se cuentan milagros, / martirios, muertes, desonrras, / que no han passado en el mundo, / y al fin se vende y se compra. / Pues, ¿qué, si toman el nombre, / para que sean famosas, / de algún ombre conocido?» (Lope de Vega, *Santiago el Verde*, comedia de 1615, citado por Arthur L.-F. Askins y Víctor Infantes en su *Nuevo diccionario bibliográfico de pliegos sueltos poéticos: Siglo XVII*, Madrid, Castalia, 1997, pág. 91).

<sup>14</sup> Miguel Herrero García, *Estimaciones literarias del siglo XVII*, Madrid, Voluntad, 1930, págs. 210-11.

<sup>15</sup> Citamos por la ed. de Orozco (1973), pág. 264.

<sup>16</sup> Orozco (1969), pág. 187.

las habría habido de igual manera. Góngora contaba quizá con demasiados enemigos y había presentado un poema demasiado novedoso para su tiempo. Ésa fue su única culpa y a la vez su mayor grandeza.

Sea como fuere, a la conclusión a la que queremos llegar con lo dicho es que la crítica gongorina tiene que replantearse la figura de Almansa y dejar de reducirla a un simple correveidile y, si lo fuera, hacerlo con matizaciones. Conste, pues, un intento de reivindicación de este gacetillero, que tomó la ardua, difícil y desigual empresa de defender las *Soledades* gongorinas.